

Angustia y adopción

Cora Aguerre, Psicoanalista

El objeto se presenta al sujeto como un objeto perdido al que está unido por una nostalgia y a través de ella se ejerce un esfuerzo de búsqueda. *El nuevo objeto se buscará a través de una satisfacción pasada, pero nunca se encuentra en el lugar donde se lo buscaba.* Hay algo perdido para todos los humanos y aquello perdido orienta nuestra búsqueda. El primer objeto es rememorado y existe siempre una hiancia entre el objeto encontrado y el primer objeto. El objeto encontrado es discordante y tiene un papel perturbador en la relación de objeto ulterior del sujeto. Esta noción de objeto introduce a un sujeto en falta movido por un deseo abocado a no encontrar el objeto que podría tapan el hueco.

Esto es así para todos los seres hablantes, pero en el niño adoptado la discordancia es aún mayor y ahí donde el niño repite, insiste, ahí donde encontraba un punto fijo en la primera relación, se encuentra con una respuesta diferente que lo descoloca, lo mueve del sitio fijo. Aparece entonces de forma radical la falta, el abismo, la angustia.

La respuesta no se hace esperar, el niño se dirige al Otro para interrogar su deseo. Es un hecho verificable en la clínica que el niño adoptivo se pregunta siempre por el deseo de la madre, debe asegurarse que ella tenga un deseo de hijo. El padre será introducido por la madre en un segundo tiempo y su estatuto, para todos los sujetos, es siempre el de ser padre adoptivo. *El niño interroga el deseo con insistencia y vehemencia y será el primer amarre con el que contará para poder apropiarse de estos padres*

EL CASO

Hace unos meses he comenzado a trabajar con un niño que ha sido adoptado y que ha venido de un país latinoamericano. Sus padres están desbordados pues el niño, que cuenta en aquel momento con ocho años, tiene momentos de angustia en los que según sus propias palabras "arrasa con todo lo que se le ponga delante". Ya en su país de origen, cuando fueron a buscarlo se encontraron con que en algunos momentos se

angustiaba y les tiraba (*con*) los objetos que en aquél momento encontraba a su alcance, cuando iban por la calle se tiraba al suelo negándose a caminar y en otras ocasiones escapaba corriendo.

Cuando comencé las entrevistas, hacía seis meses que había sido adoptado y dos años que había sido abandonado por su madre biológica en un centro. Él se niega a hablar de su historia con sus padres, sólo en algunas ocasiones de malestar e inquietud habla de su madre biológica y dice que lo tuvo que dejar porque era muy pobre y que ella lloró y él también al separarse.

En sus sesiones aparece el caos, el desorden, la inquietud en el cuerpo que le impide hablar o centrarse en un juego. Va de un lado para otro cogiendo objetos pero de forma desorganizada. Comienzo hablando de lo que sus padres me han contado de él y de los niños con los que ha vivido el último tiempo antes de venir aquí. Se calma, escucha y empezamos dibujando los niños con los que él vivía en el Centro. Pide que pase su padre pues según dice, dibuja muy bien, al menos hace muy bien las tortugas. Esta es su primera demanda al padre, que dibuje una tortuga para que yo vea lo bien que lo hace. Posteriormente entre los tres dibujamos los niños del Centro, escribimos los nombres, las edades. Entiendo que este primer dibujo es un mapa de su situación, de sus vínculos en el momento de ser adoptado. Un primer punto de amarre desde donde partir. Hecha de menos a estos niños, dicen sus padres, especialmente a uno mayor con quien él tenía un vínculo especial.

En un primer momento se hace patente el agujero el caos y la angustia. Jaime, así lo llamaré, podrá ir rodeando este agujero con palabras dibujos, juegos, que irán calmando su angustia, cerniéndola.

Cuando hablamos de su historia es en voz muy baja, como en un susurro, y así aparecen algunos retazos.

Jaime presenta una inteligencia muy despierta. Ha llegado a España habiendo estado escolarizado durante el tiempo que vivió en el centro de menores y a sólo seis meses de su llegada está en el curso que le corresponde por su edad, suma divide, multiplica y se encuentra según su profesora, bien integrado. Lo escolar no supone un problema para él, disfruta en el colegio y su profesora está encantada con él. Lo sintomático aparece en

la relación con sus padres y él quiere que eso se mantenga en la intimidad, que sus padres no cuenten en el colegio ni al resto de la familia de "eso" que pasa en la intimidad de su casa.

No sabe que es lo que sucede dice con una expresión en su rostro que transmite dolor, pesar. Sus padres me han dicho que los insulta, llama maltratador a su padre e hija de puta a su madre cuando por las mañanas se acerca a darle un beso cuando duerme. Todo va bien mientras hace lo que quiere pero en cuanto aparecen los límites más elementales reacciona con violencia, grita, llora, pateo e insulta. No hay ninguna tolerancia a la frustración y sus exigencias se presentan como exageradas, desenfrenadas.

Aparece un corte radical entre la aceptación de las normas, las reglas de funcionamiento en el colegio y la no aceptación de la ley en casa.

¿Cómo entender los "insultos"?

Se trata de una repetición en acto. Cuando aparece el orden, los ritmos que se le imponen, Jaime lo lee en la clave que él conoce, la de maltratador. Respecto de su madre, tiene que acoger algo de esa otra, de la primera, la que lo dejó, a la que va dirigido su insulto. Ambos insultos apuntan al goce. En estos nuevos padres, busca lo que encontraba en los primeros.

En un primer tiempo, los padres tendrán que aceptar que el niño les haga jugar en su inconsciente el papel que sus padres biológicos han jugado para él. Será la diferencia de la respuesta que en el Otro encontrará el niño lo que le permitirá ir diferenciando e ir separando la figura de este primer Otro con el que el niño se ha encontrado de sus padres adoptivos.

Para el niño la adopción pondrá en juego un trabajo de constitución, de construcción subjetiva que no se realiza de una sola vez. El niño se constituye en el otro y sus deseos pasan por este otro. En el proceso de filiación interroga el deseo del otro. Debe asegurarse de este deseo para poder alojarse en su hueco. Esta es una constante que encontramos en los procesos de filiación. El niño interroga con insistencia el deseo y nada del orden de la filiación se produce mientras no encuentre, no esté seguro del lugar que tiene para su madre y para su padre. En el análisis este punto siempre aparece bajo

la forma del "¿Qué me quiere?" Hay un recorrido ya realizado en el proceso de constitución subjetiva que da una segunda vuelta en el proceso de adopción posibilitando o no la filiación.

En un primer momento en Jaime tenemos la desesperación, la angustia. En un segundo momento aparece la alternancia, la basculación entre momentos de apaciguamiento y momentos de angustia.

En el juego, nunca acepta perder. Esto no sucede con sus compañeros de clase, pero sí en la intimidad de su casa. Llorá, entra en crisis de angustia, se enfada y tira los juegos. El trabajo con este niño es un trabajo muy abierto y con esto me refiero a que en ocasiones a demanda de él pasa alguno de sus padres y en otras ocasiones permanece abierta la puerta del despacho y él entra y sale libremente mientras hablo con su madre o su padre. El va y viene.

Interpreto su dificultad para perder, apuntando a las coordenadas de su historia y a aquellas pérdidas de las que ha hablado, los niños del Centro donde vivió. Mira con dolor y asiente con la cabeza.

En la siguiente sesión juega a esconderse. Al llegar a su sesión se esconde y le pide a su madre que me diga que no está, que no ha venido. Me lamento y lo busco. Al terminar la sesión, se esconde y me dice que le diga a su madre que no está y entonces ella le busca. Jaime se esconde preguntando si es buscado, querido, e introduce la presencia ausencia. Ante la interrogación de su madre, asombrada de que un niño de 9 años haga este tipo de juego, lo interpreto.

Este juego permite tratar lo real por lo simbólico. Juega con la posibilidad de faltar y de este modo interroga al Otro. En el vínculo establecido con sus padres se introduce un corte, una pregunta. ¿"Me buscas?" ¿Qué soy para ti?"

En el encuentro con los padres adoptivos interroga su deseo e introduce la falta a partir del par presencia ausencia. En la alternancia simbólica el sujeto cuenta con el Otro, le llama y pasa de ser un sujeto abandonado a ser un sujeto buscado. Este juego es un modo de tratar lo real del abandono por lo simbólico que permite un apaciguamiento de la angustia. Se esconde una y otra vez, para ser buscado elaborando en este juego lo traumático de haber sido dejado.

EL NIÑO COMO DON

En ocasiones le dice a su padre "Tú no eres mi padre porque si fueras mi padre me maltratarías" y a su madre "Tú no eres mi madre porque si fueras mi madre me regalarías. Mi madre me quería y era muy pobre muy pobre y me regaló." La gramática de la frase, el "Si tú fueras mi padre..." le permite al niño distanciarse de ese lugar.

Pensarse como don de la madre le resguarda de ser un objeto caído. Se presenta como un niño falicizado, que le gusta hacerse ver. Monta los "Shows de Jaime" a los que sus padres asisten como espectadores de sus gracias.

Frente a la castración de la madre Jaime se identifica de un modo narcisista con el falo. Le gusta pavonearse, hacerse ver, hacerse esperar, hacerse oír. En las idas y venidas del primer objeto ha aparecido un corte, una alteración de la alternancia. La madre aparece como una madre potente y caprichosa que puede no acudir a la llamada. En el abandono la alternancia queda abolida y a la llamada del niño la madre no responde. El elemento de presencia ausencia introduce lo simbólico y cuando este par se ve alterado por la pura ausencia aparece el agujero.

Al agujero este niño da la respuesta de la castración materna "Mi madre era muy pobre muy pobre". Aparece la falta de la madre y él se coloca como respuesta. "Porque me quería, mi madre me regaló". El es el objeto valioso, el don de su madre.

Por otra parte en su juego de esconderse encontramos el par presencia ausencia articulada a la llamada. El niño introduce así nuevamente la alternancia de la presencia y la ausencia.

CONSTRUCCIÓN FANTASMÁTICA Y GOCE

La madre relata una escena que tuvo lugar un fin de semana y que ha sido angustiante para ella. Pasan un día muy bueno de paseo y al llegar a casa se niega a poner el pijama para acostarse. Su madre lo deja en la habitación mientras ella va y viene, pues ha descubierto que si se queda de espectadora, las escenas del niño se agudizan. Escucha que llora diciendo "Tú como una reina y yo solito". El niño se angustia y llorando grita "Pégame, yo no merezco nada, pégame". Aquí encontramos el otro lado, la versión fantasmática, la de ser alguien que sólo merece ser pegado. Escena de angustia, donde

solicita aquello que constituye su horror, ser pegado, ser un objeto de goce para el otro, no merecer nada. Hay aquí un avance pues en esta escena, a diferencia de las escenas del principio va acompañada de una frase. La posibilidad de decirlo permite una separación con el goce que obtiene de la escena fantasmática y da una entrada al Otro. Es de este estatuto de niño objeto que es pegado y de este sufrimiento que él reclama del que tiene que separarse. El provecho que el sujeto obtiene de este horror es la certeza del lugar que tiene para el Otro y es a eso a lo que tendrá que renunciar, a ese trozo de goce.

Por otra parte en el vínculo con sus padres reclama todas las noches antes de dormirse juegos en los que intervienen las pulsiones parciales y en los que obtiene el goce del sujeto infantil perverso polimorfo del que nos habla Freud, pero articuladas al deseo y acompañadas de la palabra. Ser una croqueta para ser comido por su padre, ser perseguido, recibir palmadas en el culo, o que se le repita algo que le ha hecho gracia una y otra vez. Entiendo que es un modo de libidinizar su cuerpo y que permite que su goce, por la vía del deseo se transforme.

El exceso de goce produce angustia, que se trata por la palabra y a lo que nos vemos confrontados frente a los niños que han sufrido maltrato y abandono, es a un exceso de goce a perder. Se habla de las carencias que el maltrato y el abandono producen y se intenta poner remedio tapando, obturando la falta. Los agujeros se tratan con significantes anudados que hacen tramas. Las construcciones permiten al sujeto separarse, distanciarse del goce transformándolo.

En la última sesión, ya habiendo terminado el trabajo, recibo a Jaime y a su madre. El se dirige a mí y me cuenta que le ha dado un regalo a su madre en el día de la madre. Lo dibuja para que yo lo vea. Es un corazón grande que tiene unos cuernos y unas alas. Es un dibujo que lo representa y que da cuenta de su división. Los cuernos, dice son de toro y con los dedos sobre la cabeza y cara de furia viene hacia mí, y las alas, son de ángel. Por un lado su fiereza, y por otro las alas de ángel que apuntan al ideal, a lo que él desea ser para el Otro y a su capacidad de sublimación y posibilidad de establecer vínculos. El corazón daría cuenta, a la manera de nudo, de cómo el amor hace condescender el goce al deseo, anuda los cuernos con las alas.